

ORIHUELA
ARQUEOLOGÍA Y MUSEO
Museos Municipales en el MARQ



AYUNTAMIENTO
DE ORIHUELA



Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela



MUSEO EUROPEO
DELANO 2004

MARQ

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE



DIPUTACIÓN
DE ALICANTE



FUNDACIÓN CAJAMURCIA

ORIHUELA ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

MARQ, febrero 2014 - mayo 2014

ORGANIZA

Fundación MARQ
Diputación de Alicante
Ayuntamiento de Orihuela
MARQ, Museo Arqueológico de Alicante
MARQUO, Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela

Director Gerente de la Fundación

Francisco Sirvent Belando

Director Técnico

Manuel H. Olcina Doménech

Jefe de la Unidad de Exposiciones y Difusión

Jorge A. Soler Díaz

Jefe de la Unidad de Colecciones y Excavaciones

Rafael Azuar Ruiz

Comisario

Emilio Diz Ardid

PRODUCCIÓN EXPOSICIÓN

Diseño

Rocamora arquitectura

Diseño Gráfico

Caurina

Producción en MARQ

Unidad de Exposiciones y Difusión

Juan A. López Padilla

José L. Menéndez Fueyo

Teresa Ximénez de Embún Sánchez

Lorena Hernández Serrano

Patricia Sánchez Martínez

Producción en MARQUO

Emilio Diz Ardid

M^a Carmen Sánchez Mateos

Sara Gómez Duréndez

Juan Martínez Baldero

Juan Antonio Castro Sola

Restauración en MARQ

Silvia Roca Alberola

Elena Santamarina Albertos

Antonio Chumillas Sáez

M^a Amparo Linares Soriano

Marta. Soliva Sánchez

Restauración en MARQUO

Djaphar Snacel Sánchez

Restauración maqueta arquitectónica

Teresa González Ortiz

Producción

Alavés montajes

Textos de paneles

Emilio Diz Ardid

M^a Carmen Sánchez Mateos

Traducción de textos al valenciano

David Azorín Martínez

Fotografías

Archivo Gráfico MARQ

Archivo MARQUO

Caurina Diseño Gráfico

José Manuel Sáiz

Ruth Pliego Vázquez

Actividades Didácticas

Gemma Sala Pérez

Rafael Moya Molina

José María Galán Boluda

Audiovisuales

Area de imagen y promoción

institucional de la Diputación

de Alicante

Caurina Diseño Gráfico

Página Web

Ignacio Hernández

Lorena Hernández Serrano

Comunicación

Gabinete de Comunicación de la

Diputación de Alicante

Interactivos

Vdh-Comunicación

Transporte y montaje de piezas

Expomed

Seguros

Willis

MAPFRE

Asistencia al montaje

Frasa2

Seguridad

Tomás Jiménez Pareja

Accesibilidad

Coordinación

Gema Sala Perez

Colaboran

CRE ONCE Alicante

Fundación FESORD

Entidades prestatarias

Museo Diocesano de Arte Sacro

Fundación de la C.V. "Patronato

Histórico-Artístico de la ciudad de

Orihuela"

Archicofradía de Nuestra Señora de

Monserrate

Agradecimientos

Jesús Botella Coig

M^a Carmen Botella Guillén

Antonio Orol Martín-Aragón

MARQ - Museo Arqueológico y Fundación MARQ

Unidad de Colecciones y Excavaciones

Miguel Benito Iborra
Julio J. Ramón Sánchez
Consuelo Roca de Togores Muñoz
Anna García Barrachina
Antonio Guilabert Mas
Adoración Martínez Carmona
Elisa Ruiz Segura
Eva Tendero Porras
Enric Verdú Parra
Antonio Abad Lorenzo Álvarez
Cruz María Aramendía Guerra
Alejandro González Alegre

Biblioteca

Carmina Ferrero Valls
Remedios Gómez Llopis
Pascual Matías Segura Torá
Gabriel González Pastor

Unidad Administrativa y Económica

M.ª Ángeles Agulló Cano
Rosario Masanet Rameta
Olga Manresa Bevià
Mª José Seva Rovira
Anabel Cortés Estela
Pilar López Iglesias
Yasmina Campello Carrasco
Francisco Praes Gonzalez
Mª José Varó García

Comunicación y Difusión

Aurora Cerdá Fuentes

Mantenimiento

Juan José Muñoz Pérez
Ignacio Andreu Asuar
Francisco Martín Díaz

Atención al Público

Juan José Ramos Sequeiro
Carlos Pascual Climent
Mª Asunción Poveda López

MARQUO - Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela

Dirección

Emilio Diz Ardid

Conservadora / Dirección del Museo de la Muralla

Mª Carmen Sánchez Mateos

Alumnos en prácticas

Sara Gómez Duréndez
Juan Martínez Baldero
Juan Antonio Castro Sola

CATÁLOGO

Textos

Juan Antonio Barrio Barrio
Dirk Brandherm
Emilio Diz Ardid
Trino Ferrández Verdú
Francisco Franco-Sánchez
Anna Garcia Barrachina
Francisco Javier Jover Maestre
Pedro Jiménez Castillo
Juan Antonio López Padilla
Alexander Maass
Sergio Martínez Monleón
Jesús Millán García-Varela
Lidia Mojica García
Milena Müller-Kissing
Manuel H. Olcina Doménech
Mª Carmen Sánchez Mateos
Jorge A. Soler Díaz
Enric Verdú Parra
Mª Teresa Ximénez de Embún Sánchez
Silvia Yús Cecilia

Fichas

Emilio Diz Ardid
Pedro Jiménez Castillo
Lidia Mojica García
Susana Navarro Cabrera
Ruth Pliego Vázquez
Mari Carmen Sánchez Mateos
Silvia Yús Cecilia

Fotografías

Archivo Gráfico MARQ
Archivo MARQUO
Caurina Diseño Gráfico
José Manuel Sáiz
Ruth Pliego Vázquez

Coordinación de la edición

Juan A. López Padilla

Diseño y maquetación

Caurina Diseño Gráfico

Impresión

Gráficas Azorín

Depósito legal

A 83-2014

I.S.B.N.

978-84-616-8389-5

ÍNDICE

- 14** PAISAJE, FLORA Y FAUNA DE ORIHUELA Y SU ENTORNO
Trino Ferrández Verdú
- 26** EL PAISAJE CULTURAL Y NATURAL DEL PALMERAL DE SAN ANTÓN.
SU PUESTA EN VALOR Y CONSERVACIÓN
Trino Ferrández Verdú y Emilio Diz Ardid
- 36** LOS PIONEROS DE LA ARQUEOLOGÍA EN EL BAJO SEGURA.
HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN, DEL SIGLO XVII A 1939
Mari Carmen Sánchez Mateos
- 48** EL MUSEO ARQUEOLÓGICO COMARCAL DE ORIHUELA.
DEL MUSEO DE ANTIGÜEDADES DEL COLEGIO DE SANTO DOMINGO AL MUSEO ACTUAL
Emilio Diz Ardid
- 60** ORIHUELA EN EL NACIMIENTO DE LA PREHISTORIA COMO CIENCIA
EN TIERRAS VALENCIANAS. APUNTES SOBRE LA CUEVA DE ROCA
Jorge A. Soler Díaz
- 80** SAN ANTÓN Y LOS ORÍGENES DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL SUR DE ALICANTE
Juan A. López Padilla
Francisco Javier Jover Maestre
Sergio Martínez Monleón
- 104** EL ÍDOLO DE ORIHUELA, (ALICANTE)
Emilio Diz Ardid
Silvia Yus Cecilia
- 114** PROSPECCIONES ARQUEOMINERAS EN LA SIERRA DE ORIHUELA
Dirk Brandherm
Alexander Maass
Milena Müller-Kissing
Emilio Diz Ardid
- 126** ORIHUELA. ÉPOCAS IBÉRICA Y ROMANA
Anna García Barrachina
Manuel H. Olcina Doménech
Enric Verdú Parra

- 142** EL YACIMIENTO IBÉRICO DE LA LADERA DE SAN ANTÓN (ORIHUELA, ALICANTE)
Lidia Mojica García
- 150** EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS DE UNA ORIHUELA TARDORROMANA Y VISIGODA
M^a Teresa Ximénez de Embún Sánchez
- 158** NOTICIAS DE ATAQUES Y DESTRUCCIONES EN ORIHUELA DURANTE EL PERÍODO ANDALUSÍ (SS. VIII-XIII)
Francisco Franco-Sánchez
- 168** NUEVOS DATOS SOBRE LA ARQUITECTURA RESIDENCIAL Y LA EVOLUCIÓN URBANA DE LA ORIHUELA ANDALUSÍ A PARTIR DE TRES INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS
Pedro Jiménez Castillo
Emilio Diz Ardid
- 186** EL MUSEO DE LA MURALLA DE ORIHUELA. DE LA EXCAVACIÓN A LA MUSEALIZACIÓN
Mari Carmen Sánchez Mateos
- 198** REVISIÓN ARQUEOLÓGICA DE 11 AÑOS DE EXCAVACIONES DE URGENCIAS EN ORIHUELA
Silvia Yus Cecilia
- 214** LA CULTURA MATERIAL EN UNA CIUDAD MEDIEVAL CRISTIANA A TRAVÉS DE SUS ESPACIOS DE SOCIABILIDAD. LA CIUDAD DE ORIHUELA, SS. XIII-XV
Juan Antonio Barrio Barrio
- 232** LA NOBLEZA ORIOLANA: LA CIUDAD Y LOS LINAJES PRIVILEGIADOS
Jesús Millán García-Varela
- 246** CATÁLOGO DE PIEZAS
Emilio Diz Ardid
Pedro Jiménez Castillo
Lidia Mojica García
Susana Navarro Cabrera
Ruth Pliego Vázquez
Mari Carmen Sánchez Mateos
Silvia Yus Cecilia
- 280** BIBLIOGRAFÍA

SAN ANTÓN Y LOS ORÍGENES DE LA EDAD DEL BRONCE
EN EL SUR DE ALICANTE



Juan Antonio López Padilla

MUSEO ARQUEOLÓGICO PROVINCIAL DE ALICANTE. MARQ

Francisco Javier Jover Maestre

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Sergio Martínez Monleón

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Entre finales del III y principios del II milenio cal. BC, Orihuela y la comarca de la Vega Baja del Segura en su conjunto formaron parte del espacio social de una de las culturas más emblemáticas de la Edad del Bronce europeo: la denominada “Cultura de El Argar”. Los trabajos desarrollados a finales del siglo XIX por los hermanos Siret en varios yacimientos de las provincias de Almería y Murcia sentaron las bases para su definición y permitieron esbozar unas primeras tentativas de periodización (Siret y Siret, 1890). A pesar del tiempo transcurrido, buena parte de las características observadas por los Siret en sus excavaciones constituyen aún hoy indicadores válidos para el reconocimiento de la cultura argárica en el registro arqueológico: grandes asentamientos ubicados preferentemente en cerros y promontorios elevados; unas prácticas funerarias normalizadas, con sepulturas preservadas en el subsuelo de los poblados; y un abundante, variado y singular repertorio artefactual, especialmente característico en lo que se refiere a las producciones cerámicas y los objetos metálicos.

En la actualidad El Argar sigue siendo la cultura de la Edad del Bronce mejor conocida de la Península Ibérica, y se puede afirmar que también fue una de las sociedades más avanzadas y relevantes de la Edad del Bronce de Europa Occidental. Algunos de los trabajos más recientes proponen que entre aproximadamente 2200 y 1550 cal. BC la sociedad argárica llegó a adquirir un carácter estatal (Lull y Risch, 1995; Arteaga, 2001) a través de la implantación de una rígida uniformidad ideológica y la concentración y control de los procesos de trabajo, generando espacios especializados e imponiendo una normalización en la producción de determinadas manufacturas, todo ello proyectado y sometido al control de un segmento reducido de la población. Como medio de explicitar su privilegiada posición, esta elite disfrutaba de un acceso exclusivo a ciertos productos de un alto valor social, a los que tenían derecho desde la infancia (Lull et alii, 2004) y que en buena medida se amortizaban al depositarse como parte del ajuar funerario en sus sepulturas.

Según las últimas hipótesis, desde un área nuclear ubicada en la depresión de Vera (Almería) y el valle del Guadalentín (Murcia), la sociedad argárica habría ido expandiéndose territorialmente hasta alcanzar, en torno a 1950 cal. BC, las actuales provincias de Jaén, Granada, Almería, Murcia y también las comarcas meridionales alicantinas (Lull et alii, 2010a), en donde asentamientos como Laderas del Castillo, en Callosa de Segura, y especialmente el enclave oriolano de San Antón, habrían desempeñado un papel de centros políticos en lo que cabría definir como “confines orientales de El Argar” (López Padilla, 2009b).

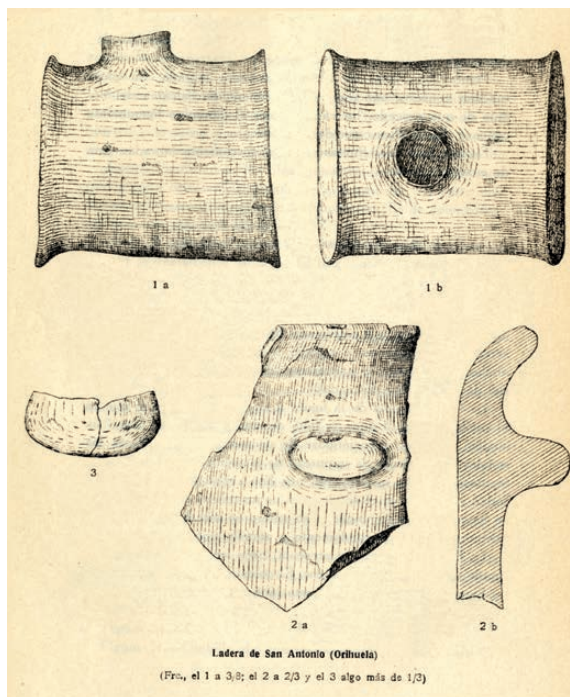
I. SAN ANTÓN Y EL ARGAR ALICANTINO. BREVE HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

Pudo ser el azar lo que determinó que Santiago Moreno Tovillas (Orihuela 1832-1888), ingeniero militar, mostrase un interés particular por el pasado prehistórico de su ciudad natal que le llevara a trabar relación con Joan Vilanova i Piera –figura que puede considerarse sin ambages “padre” de la Prehistoria valenciana, cuando no uno de los pioneros más ilustres de la Prehistoria española en general– a través de su amistad con el hermano de éste, José Vilanova, ingeniero de minas. La visita que los tres realizaron en 1871 a la Cueva de Roca marca un punto cardinal en la historia de la investigación arqueológica valenciana, pues la publicación resumida del informe que un año después remitiría Santiago a la Sociedad Arqueológica Valenciana –titulado *Apuntes sobre las estaciones prehistóricas de la sierra de Orihuela* (1872) y publicado, justo medio siglo después, por el Servicio de Investigaciones Prehistóricas de la Diputación de Valencia, (Moreno, 1942)– representa la divulgación del primer yacimiento prehistórico excavado en el País Valenciano (Goberna, 1986).

Lo que a todas luces no resulta casual es la riqueza arqueológica que atesoran los yacimientos prehistóricos que todavía cobijan las grutas, escarpadas laderas y elevados promontorios de la sierra de Orihuela. Su estratégica ubicación en el territorio del Bajo Segura explica en gran medida este hecho, que a lo largo de los siglos ha cobrado, aunque de forma discontinua, una muy marcada relevancia histórica. Sin duda es el caso de la Edad del Bronce, momento en el que el tramo terminante del río Segura, del que Orihuela es celosa vigía, se convirtió en un punto clave para la comunicación del *hinterland* argárico murciano con el mar Mediterráneo. Es en ese contexto en el que cabe encontrar un sentido a la creación y desarrollo de un núcleo de población tan importante para la época como el que se levantó en las empinadas laderas de San Antón.

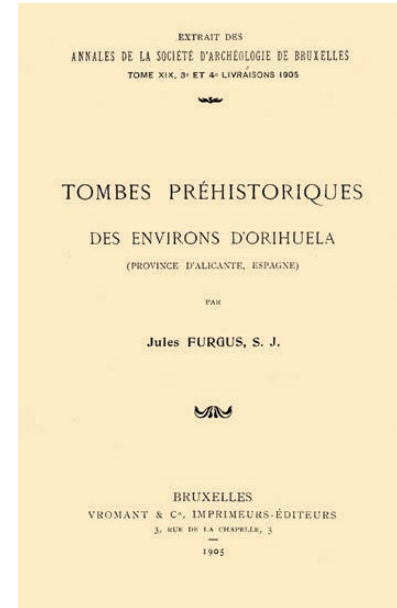
Aunque la primera exploración del yacimiento argárico de San Antón irá para siempre ligada a la figura de Santiago Moreno, su excavación y el grueso de los datos arqueológicos de los que se dispone se deben al padre jesuita Julio Furgús (1937). Sin embargo, otros investigadores se habían interesado ya antes que ellos por las antigüedades que afloraban en las pronunciadas pendientes de San Antón.

Las primeras exploraciones conocidas, de las que apenas se conservan noticias, datan de 1853 y fueron llevadas a cabo por Joaquín Soto. Sabemos por Santiago Moreno que en



Retrato de Santiago Moreno Tovillas, primer investigador de San Antón
(Archivo del Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela,
gentileza de D^a M^a Dolores Botella)

Materiales argáricos de San Antón, publicados por Santiago Moreno (1947).



Retrato de Tomás Brotóns, uno de los primeros exploradores del yacimiento de San Antón. (Foto: Archivo del Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela, gentileza de Jesús Botella Coig).

Portada del trabajo presentado por Julio Furgús ante la Sociedad Arqueológica de Bruselas en 1905, describiendo sus trabajos en San Antón.

poder de aquél había un recipiente en forma de tonelete que fue hallado en el interior de una tumba, de la que al parecer también procedían dos aros de metal de los que ya no quedaba rastro (Moreno, 1942: 59, lám XI). Aunque durante un tiempo se llegó a especular, no sin reservas, con una cronología más moderna para la pieza (Fletcher, 1957: 118) hoy su adscripción argárica queda fuera de toda duda dadas las semejanzas que guarda con otro tonelete similar, aparecido años más tarde en el interior de una sepultura en urna en el yacimiento murciano de Puntarrón Chico (Beniaján) (García Sandoval, 1964: 106; Ayala, 1979-80: 162, lám.V, p).

Estos esporádicos hallazgos serían anteriores a los que realizaría años más tarde Tomás Brotóns Guillén, insigne personaje oriolano que en 1908 llegaría a ser alcalde de la ciudad y que pasó por ser para muchos el primer explorador de San Antón. En su poder conservaba una importante colección de materiales –que en la actualidad se conservan en el Museo Arqueológico de Murcia– de la que a principios del siglo pasado Manuel González Simancas ya tomó algunas notas y esbozó varios dibujos en sus cuadernos de campo –inéditos hasta ser publicados en formato facsímil hace unos años (González Simancas, 2010)– antes de que fueran dados a conocer por Albert Berenguer (1945) y, especialmente, Gratiniano Nieto (1959). Estos documentos revelan que González Simancas realizó también excavaciones en el yacimiento, aunque con escasos resultados, según refieren sus propias anotaciones.

Santiago Moreno centró sus investigaciones principalmente en la Cueva de Roca, aunque ello no le impidió explorar el paraje que él mismo denominó como Ladera de San Antón, y llevar a cabo excavaciones durante las que halló dos cistas en cuya construcción se emplearon, según el propio autor señala en su informe, algunos molinos de piedra del poblado (Moreno, 1942: 52). En sus exploraciones Moreno recogió diversos materiales, actualmente en paradero desconocido, que remitió en un conjunto de cajas junto con el informe de los trabajos realizados a la Sociedad Arqueológica Valenciana.

A finales del siglo XIX los hermanos Siret visitaron Orihuela y pudieron contemplar la colección de materiales que había reunido Santiago Moreno, quien también les acompañó al yacimiento. Allí realizaron una breve excavación en la explanada que se extiende por la parte alta del yacimiento, pensando que el asentamiento estaría ubicado en ella (Soriano, 1984), y estudiaron algunos de los perfiles existentes (Siret y Siret, 1890: 308-309). Sin embargo, los resultados no fueron los esperados y sus investigaciones en San Antón quedaron así en suspenso.

Bien distinto fue el caso de Julio Furgús. Sin embargo, de lo provechoso de sus excavaciones en San Antón dio noticia sólo en una serie de artículos, principalmente en la revista madrileña *Razón y Fé*, editada por los Padres de la Compañía de Jesús, y nunca llegaron a verse publicadas exhaustivamente,



Vista panorámica de Caramoro I desde el Sureste y vasija carenada de cerámica procedente del mismo. Al pie del yacimiento, el cauce del río Vinalopó.

quizá por su temprana desaparición, al morir despeñado, a la edad de 54 años, mientras realizaba una de sus habituales exploraciones en la Ladera de San Miguel. Furgús defendió siempre que San Antón era exclusivamente una necrópolis —el cementerio de la antigua *Orcelis*— negando la existencia de cualquier tipo de asentamiento en el mismo lugar en el que había excavado las sepulturas. Hasta su muerte se mantuvo firme en sus convicciones a este respecto, incluso a pesar de las observaciones que en contrario manifestara públicamente el propio Henri Siret (1905) a propósito de una comunicación presentada por Furgús (1905) a los *Annales de la Société d'Archéologie de Bruxelles* en las que ofrecía un resumen de sus trabajos. Es por este motivo que carecemos casi por completo de información contextual que acompañe a los materiales exhumados durante sus trabajos, los cuales integraron la excepcional colección del Museo del Colegio de Santo Domingo de Orihuela (Soler Díaz, 2009a; Diz, 2009). Sólo de algunas tumbas disponemos de cierta información relativa a los ajueres que contenían y al número o características de los inhumados (Jover y López Padilla, 1997).

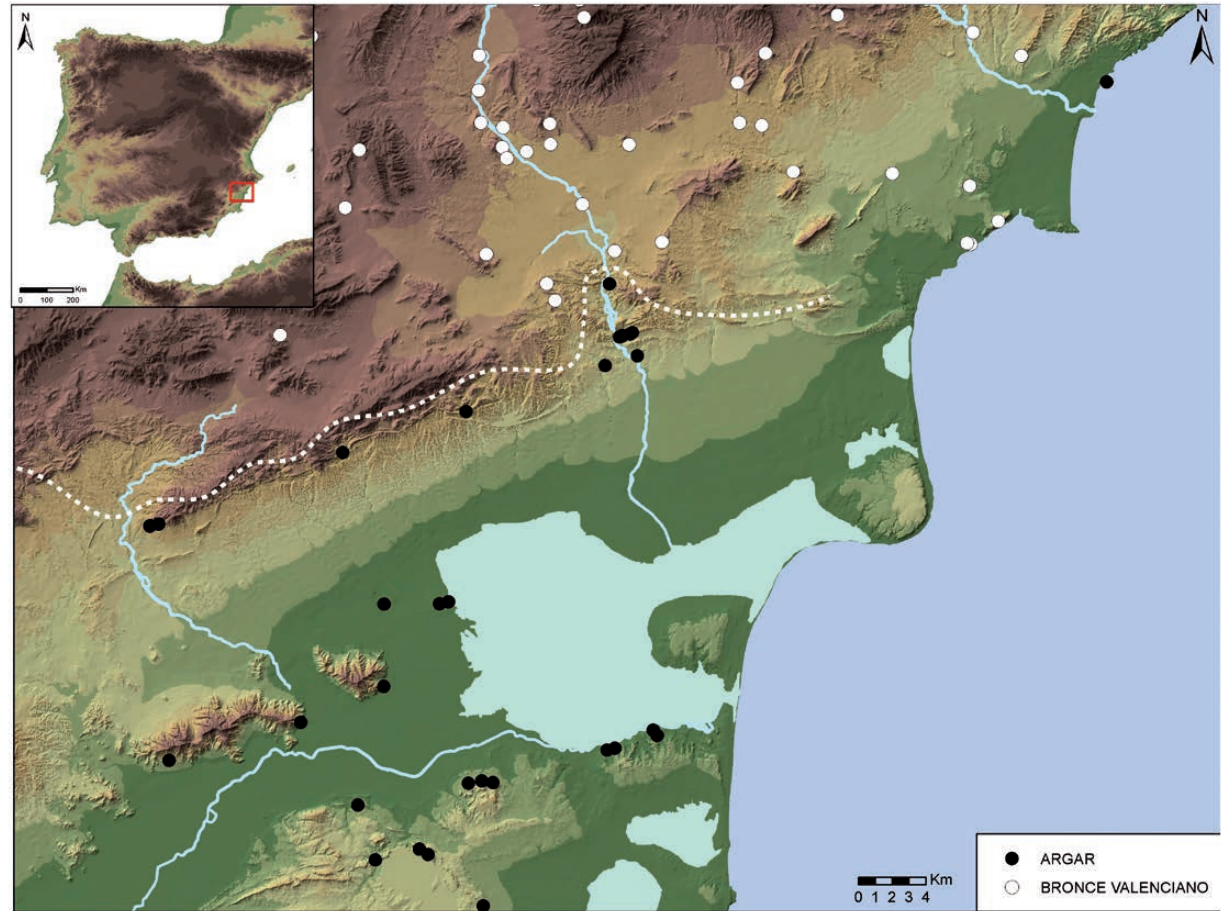
Algunos años más tarde el arqueólogo catalán Josep Colominas Roca (1929; 1931; 1936) insistiría en que el vecino yacimiento de Laderas del Castillo de Callosa —cuyas primeras exploraciones también iniciara el infatigable Furgús poco antes de su temprana desaparición (Furgús, 1937)— era exclusivamente una necrópolis. Los objetos recogidos por Colominas —hoy depositados en el Museu d'Arqueologia de Catalunya, en Barcelona— y el conjunto de materiales pro-

cedente de las excavaciones de J. Furgús —que por avatares de la guerra fue casi totalmente disgregado y desperdigado en diversas colecciones— junto con la Colección Brotons y algunos otros conjuntos materiales, fruto de rebuscas y actuaciones más o menos incontroladas, constituyeron durante muchísimo tiempo la única base material para el estudio del Grupo Argárico en la zona meridional del Levante peninsular.

Hacia mediados de la centuria, y con la ruptura del paradigma que identificaba Cultura de El Argar y Edad del Bronce en la Península Ibérica (Tarradell, 1949), el interés en la investigación se desplazó claramente desde las comarcas del Bajo Segura a las del Valle del Vinalopó. Ahora, identificar y precisar la frontera de “lo argárico” y su cronología frente al recién “descubierto” “Bronce Valenciano” definido por Miquel Tarradell se convirtió en un objetivo primordial (Tarradell, 1963), marco en el que se inscriben los trabajos que llevó a cabo José M^a Soler en Villena, en el Alto Vinalopó, fundamentalmente con las excavaciones de Cabezo Redondo y Terlinques (Soler García, 1953a y b; 1955; 1959; Soler García y Fernández, 1971).

Durante mucho tiempo, el interés principal continuó centrado en la cuenca del Vinalopó. Tras algunas prospecciones realizadas a finales de los años setenta en Pic de les Moreres (Crevillente) y en el conjunto de yacimientos de la Serra del Búho (Elche) (Román, 1975; 1978; 1980) se inició la excavación del primero de ellos bajo la dirección de A. González Prats dentro de un estudio integral de la sierra de

Mapa con indicación de la frontera argárica del 1950 cal BC (línea de puntos) y la localización de los yacimientos argáricos y del "Bronce Valenciano" emplazados a uno y otro lado de la misma.



85

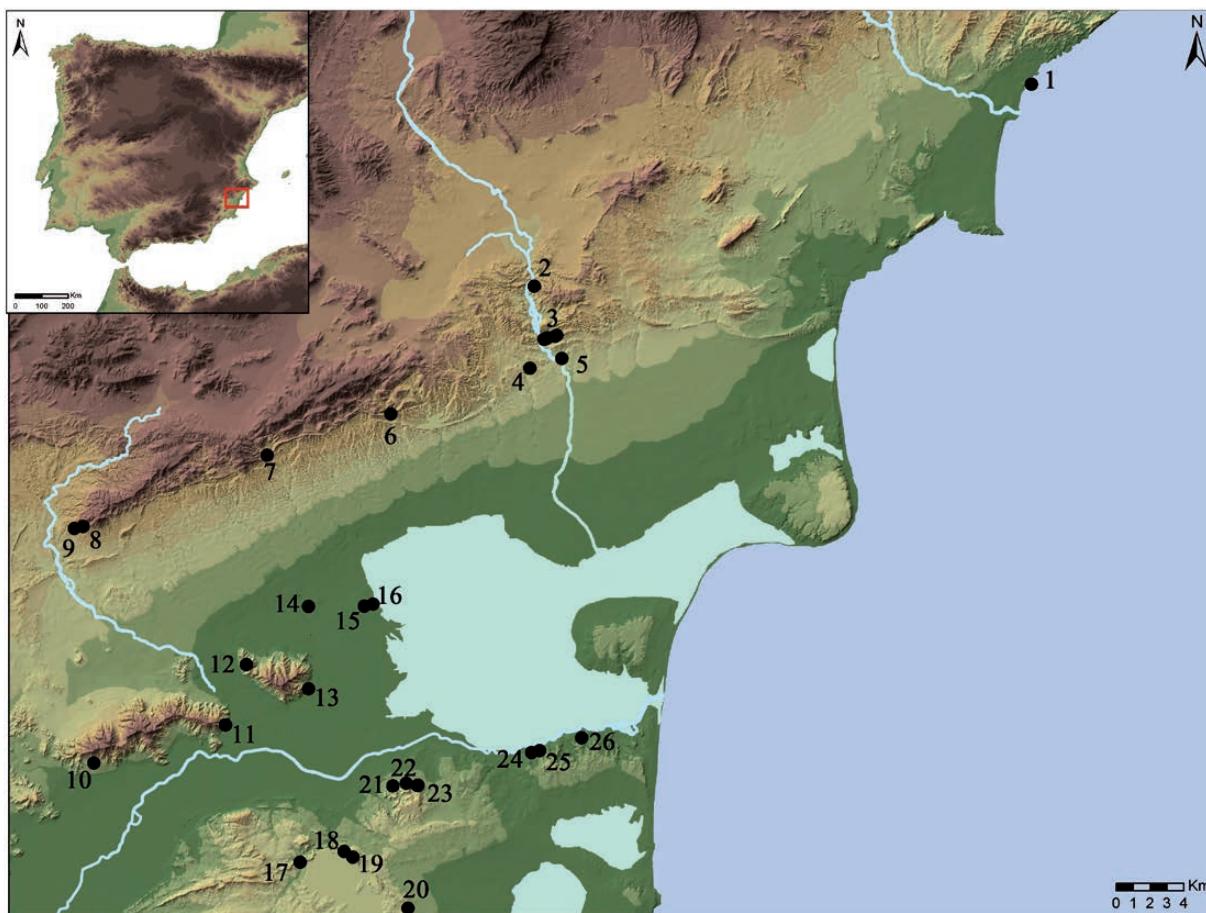
Crevillente (González Prats, 1983; 1986), al mismo tiempo que M. S. Hernández (1994) llevaba a cabo excavaciones en La Horna, en Aspe.

En lo que se refería a los yacimientos argáricos de la Vega Baja del Segura tan sólo se llevó a cabo el reestudio de algunas de las piezas más sobresalientes del repertorio publicado por Furgús y Colominas, incorporadas a los trabajos realizados durante la década de 1970 en torno a la periodización y sistematización de la cultura argárica –como los de B. Blance (1971), H. Schubart (1975) o V. Lull (1983). Habría que esperar hasta mediados de la década siguiente para contar con una revisión actualizada de todo el conjunto artefactual argárico del sur de Alicante, obra de R. Soriano (1984).

En ese momento, y tras una revisión de toda la información producida hasta entonces, M. S. Hernández Pérez propuso

la indudable adscripción argárica de los yacimientos de San Antón y Laderas del Castillo –y con ello, de toda la Vega Baja del Segura– diluyéndose la influencia argárica conforme se iba avanzando hacia el norte por el territorio alicantino. De ese modo se daba razón de ser a la existencia de una serie de facies comarcales, entre las que se incluía el grupo del corredor del Vinalopó como una facies propia que no se debía asimilar ni al Bronce Argárico ni al Bronce Valenciano, y de los que poblados como La Horna podrían considerarse paradigmáticos (Hernández, 1985; 1986: 347-348).

Las excavaciones efectuadas entre finales de los años ochenta y principios de los noventa en el yacimiento del Tabayá (Aspe), permitió constatar el indudable argarismo de este poblado, enclavado justo en el tránsito entre el Bajo y Medio Vinalopó. Aunque por el momento sólo se han dado a conocer detalles parciales (Hernández, 1990; 2009a; Hernández y López Mira,



Mapa del territorio argárico del sur de Alicante (ca. 2100- 1500 cal BC) con indicación de los yacimientos localizados en el mismo.

- 1.- Illeta dels Banyets
- 2.- El Tabayá
- 3.- Conjunto de la Serra del Búho (Serra del Búho I, Puntal del Búho, Serra del Búho III, Serra del Búho IV)
- 4.- Barranco de los Arcos
- 5.- Caramoro I
- 6.- Pic de les Moreres
- 7.- Cabez de Hurchillo
- 8.- El Morterico
- 9.- Castillo de Abanilla
- 10.- La Mina
- 11.- San Antón
- 12.- Grieta de los Palmitos
- 13.- Laderas del Castillo
- 14.- Cabez del Pellarés
- 15.- Cabez Pardo
- 16.- Cabez del Molino
- 17.- Arroyo Grande
- 18.- Cabez del Moro
- 19.- Cuestas del Pelegrín
- 20.- Cabez de la Mina
- 21.- Cabez del Rosario
- 22.- Cabez del Mojón
- 23.- Cabez de las Yeseras
- 24.- Cabez Del Muladar
- 25.- Monte Calvario
- 26.- Cabez Soler

1992; Hernández y López Padilla, 2010), del yacimiento ha trascendido su dilatada secuencia temporal que abarca desde el Campaniforme hasta el Bronce Final, incluyendo fases que debían adscribirse a la cultura argárica. Por otra parte, la reexcavación y revisión de los trabajos que a finales de los ochenta había realizado R. Ramos Fernández en el yacimiento de Caramoro I (Elche), algunos kilómetros aguas abajo del Tabayá, en los que se lo identificaba como una fortaleza vigía adscrita al Bronce Valenciano (Ramos Fernández, 1988), permitió a A. González y E. Ruiz (1995) modificar este extremo y adscribir el yacimiento también a la órbita argárica, en función de la presencia de una sepultura infantil (Cloquell y Aguilar, 1996) y la aparición de elementos materiales de indudable filiación argárica. Según se desprendía de la nueva planimetría realizada, el yacimiento seguía considerándose un fortín, pero dependiente del vecino Tabayá (Aspe), situado a unos 3 km aguas arriba. A medio camino entre ambos se localizaba el

yacimiento del Puntal de Búho, del que a finales de los ochenta se publicaron varias noticias, recopiladas en su día por A. Ramos Folqués (1989), sobre la existencia de tumbas en cista de mampostería, lo que se unía al hallazgo de un pie de copa realizado en los alrededores de este poblado algunos años antes (Román, 1978).

Hacia finales de los años noventa, por tanto, todo apuntaba a un ámbito argárico bastante bien definido en lo referente al tramo último del cauce del Vinalopó, a partir de los datos que trascendían de las excavaciones más recientes (Hernández, 1997) y de lo que iba conociéndose de otros asentamientos del sur alicantino (Simón, 1999).

Aunque contemplado desde una perspectiva básicamente culturalista, el territorio de la provincia podía seguir interpretándose en función de unas divisorias de carácter macro-comarcal (Hernández, 1997: 93-94), el surgimiento de

nuevas hipótesis relativas a la caracterización de la sociedad argárica y su organización como sociedad de tipo estatal (Lull y Risch, 1995) y la aparición de nuevos posicionamientos teóricos desde los que abordar el estudio del denominado “Bronce Valenciano” (Jover, 1999), exigía “re-pensar” el espacio de contacto entre las comunidades argáricas del Bajo Segura y los grupos del Medio y Alto Vinalopó desde planteamientos alejados de la mera “influencia cultural” y más próximos al terreno de lo más puramente “político”, en el que se resuelve la aparición de fronteras capaces de delimitar prácticas sociales con contenido socio-ideológico verdaderamente diferenciado.

Este cambio de perspectiva conduciría a una reconsideración de los límites del espacio argárico en su extremo más oriental (Jover y López Padilla, 1999), tomando en consideración y de modo conjunto la distribución en el territorio alicantino de las evidencias funerarias de la Edad del Bronce y la de determinados objetos genuinamente característicos de la sociedad argárica y muy ligados al plano de su reproducción socio-ideológica (como las copas, los vasos lenticulares o las alabardas metálicas) según las propuestas establecidas por otros investigadores (Castro *et alii*, 1994; 1995). De acuerdo con los datos que esta distribución señalaba en el espacio de estudio, quedaba de manifiesto la existencia, durante al menos un considerable espacio de tiempo, de una divisoria marcada en sentido este-oeste a través de una línea de sierras que irían desde su extremo occidental en la sierra de Abanilla, pasando por la sierra de Crevillente, sierra de la Madera, sierra Negra y sierra de Tabayá, en Elche, y marcando su límite más oriental en la Sierra Gorda y Sierra de Sancho, en Torrellano (Jover y López Padilla, 1997). A un lado y otro de dicha línea parecían dibujarse con claridad unas diferencias en el registro empírico que sólo era posible explicar en función de la presencia de una divisoria entre dos grupos con rasgos manifiestamente diferenciados (Jover y López Padilla, 2004). Como orbitando este confín del territorio más oriental del Argar peninsular, casi a modo de satélite proyectado para adentrarse en el territorio de las comunidades de su periferia, restaba la Illeta dels Banyets (Simón, 1997), que con razón puede considerarse el enclave más septentrional de la sociedad argárica.

Una vez establecidos unos límites para lo argárico, identificables con claridad en el territorio del sur de Alicante bajo unas coordenadas espacio-temporales definidas, resultaba imprescindible abordar un nuevo estudio de este ámbito desde perspectivas que permitiesen reequilibrar la cantidad

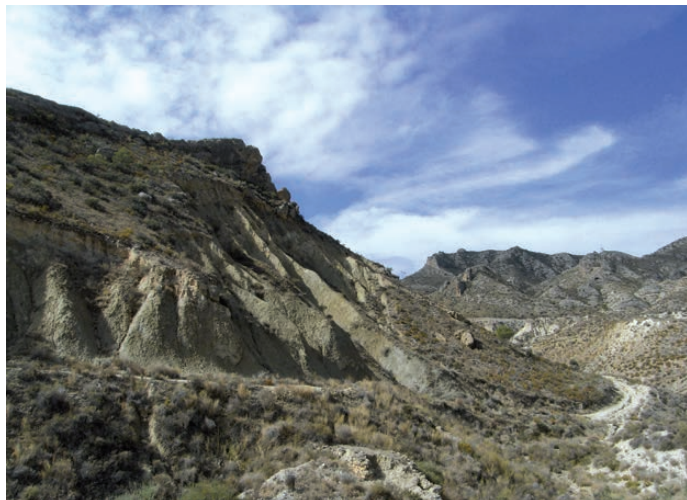
y calidad de su registro arqueológico con el disponible para las comunidades de su periferia inmediata, área en la que durante varias décadas se había invertido un esfuerzo continuado en la prospección del territorio y en la excavación de diversos yacimientos, obteniendo buenas series estratigráficas, baterías de dataciones radiocarbónicas y amplios repertorios artefactuales (Hernández, 2002; Jover y López Padilla, 2004; Jover y López Padilla, 2005). En este sentido puede considerarse paradigmático de la situación generada el que, hasta la intervención arqueológica realizada en 2001 en la Illeta dels Banyets (Soler Díaz, 2006; 2009b), como consecuencia de las obras de musealización del yacimiento, no se dispusiera de la primera serie de dataciones radiocarbónicas para un yacimiento argárico alicantino.

En 2005 se dieron los primeros pasos para tratar de subsanar esta circunstancia, abordando una primera labor de prospección del territorio argárico del Bajo Segura y Bajo Vinalopó y una estimación preliminar del estado de conservación de los yacimientos allí localizados (López Padilla, 2009b). Este trabajo está siendo completado en la actualidad por uno de nosotros (SMM), en el marco de un proyecto más amplio que pretende abordar los procesos de comunicación y desarrollo inter-social entre las comunidades argáricas del sur de Alicante y las sociedades vecinas del Prebético Meridional Valenciano a lo largo de los dos primeros tercios del II milenio cal BC.

Por desgracia, hoy es prácticamente imposible precisar la cronología de la mayor parte de los yacimientos ubicados en la Vega Baja del Segura, al haber sufrido importantes agresiones en forma de excavaciones incontroladas por parte de furtivos, la apertura de canteras y la construcción de diversos tipos de infraestructuras, lo que ha provocado que muchos prácticamente hayan desaparecido.

II. EL TERRITORIO ARGÁRICO ALICANTINO: DEL BAJO SEGURA AL BAJO VINALOPÓ Y EL “EMPORION” DE LA ILLETA DELS BANYETS DE EL CAMPELLO

La Vega Baja del Segura constituye la comarca más meridional de las tierras valencianas, limítrofe con la provincia de Murcia, y se enmarca en el amplio dominio geológico de las Cordilleras Béticas. Está formada por una gran llanura aluvial que se corresponde con el extremo oriental de la Fosa Intrabética, constituyendo una fosa tectónica alineada según el rumbo SO-NE, continuación de la Depresión prelitoral murciana.



Esta llanura se encuentra dividida en dos por los horsts de las sierras de Orihuela y de Callosa, así como una serie de cabezos de menores dimensiones. Estas sierras separan el tramo septentrional de la fosa constituido por los campos de Benferrí, la Matanza y la Murada, de la depresión central del Segura, eje estructural de la fosa, situada al sur. Esta última, si bien en este sector está bien definida, hacia el este se funde con los espacios lagunares y saladares característicos de su extremo oriental. En la depresión central se dispone el amplio valle del Segura hasta su desembocadura en el mar a la altura de Guardamar y en él se encuentran las mejores tierras para la agricultura de todo el ámbito meridional valenciano.

En el conjunto de elevaciones centrales que se sitúan en la margen izquierda del Segura encontramos, en el extremo occidental, el **Cabezo de la Mina o La Mina** (El Siscar, Santomera, Murcia) (Ayala, 2003), situado junto a las únicas vetas de sulfuros cúpricos y evidencias auríferas de todo este amplio territorio. Con una extensión de aproximadamente 1 Ha, el poblado se asienta fundamentalmente sobre las laderas meridional y occidental, organizado en terrazas, y ha sido expoliado sistemáticamente por furtivos, lo que provoca que hoy en día se observan en superficie los restos de seis cistas de lajas expoliadas.

En el extremo oriental de la sierra de Orihuela se localiza el yacimiento de **San Antón** (Furgús, 1937), al que nos referiremos en otro apartado.

En el extremo noroccidental de la sierra de Callosa se localiza la **Grieta de los Palmitos** (Redován), una grieta poco profunda de la que procede una tulipa depositada en el Mu-

seo Arqueológico Comarcal de Orihuela. Esta tipología de yacimiento se puede considerar atípica si la comparamos con el resto de los asentamientos reconocidos en la zona para este periodo cronocultural, salvo que pudiera relacionarse con algún contexto de tipo funerario e interpretarse como una pervivencia de las tradiciones de enterramiento calcolíticas en momentos argáricos.

En el otro extremo de la sierra de Callosa se encuentra el yacimiento de **Laderas del Castillo** (Callosa de Segura) (Furgús, 1937; Colominas, 1929; 1931; 1936) sobre tres laderas de fuertes pendientes y parte de lo que hoy es la población de Callosa de Segura, ocupando una superficie difícil de delimitar pero superior a 1 Ha, como ya indicara el propio Furgús. Aunque sus excavadores no identificaron restos constructivos, nos informan de la existencia de un tramo de muro transversal a la pendiente junto al cual se hallaron restos de barro con improntas de cañas o de ramaje (Furgús, 1937: 66). En la actualidad, se aprecian estructuras aflorando en la superficie casi por todas partes, la mayoría de ellas dispuestas en sentido transversal a la pendiente, y con bloques de mediano y gran tamaño en el paramento. J. Furgús distinguió varios tipos de enterramiento en el asentamiento: túmulos, urnas de cerámica y sepulcros formados por seis losas unidas en seco, al que J. Colominas Roca añadió el tipo fosa, siendo las fosas y las urnas los tipos de enterramientos más comunes.

Más al Este se localizaba el **Cabezo del Pallarés** (Granja de Rocamora), sobre un cabezo aislado al Suroeste de Albaterra, hoy en día destruido por las labores de demolición realizadas por una cantera para la extracción de áridos.



Cabezo Pardo (San Isidro / Granja de Rocamora, Alicante).

Hurchillo (Albatera, Alicante).

Pic de Les Moreres (Crevillent, Alicante).

Laderas del Castillo (Callosa de Segura, Alicante).

En el conjunto conocido como “Cabezo de los Ojales” se ubica el **Cabezo Pardo** (San Isidro/Granja de Rocamora) donde se vienen realizando excavaciones sistemáticas desde 2006. En una superficie algo superior a las 0,2 Ha se han podido distinguir tres fases arqueológicas que según las dataciones radiocarbónicas realizadas ocupan un lapso temporal que abarca desde ca. 1950 a ca. 1550 cal BC (López Padilla, 2009a). Si en la fase más antigua sólo se ha podido documentar los restos de una cabaña de tendencia oval, a partir de la segunda fase el poblado sufre una importante transformación urbanística pasando a organizarse a partir de una calle que da acceso por un lado a un amplio espacio central, que se encuentra muy deteriorado, y por otro lado a una serie de dependencias alargadas de menores dimensiones.

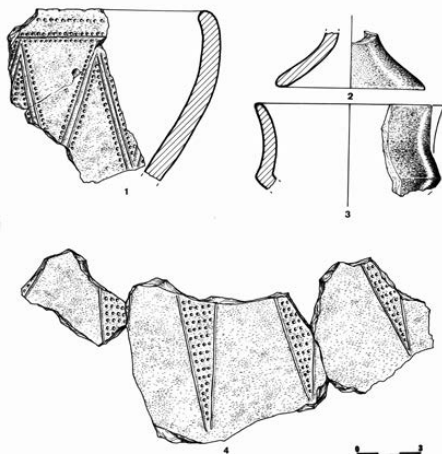
A escasos metros del Cabezo Pardo, se ubica el **Cabezo del Molino** (San Isidro). Se trata de un cabezo aislado dividido en dos porciones como resultado de la acción de una cantera, que hacen casi imposible estimar sus proporciones ya que el área delimitada en estos momentos para el yacimiento es sólo algo superior a 200 m².

A partir de estas última elevaciones nos adentramos en el extremo oriental de la Fosa Intrabética, presidido por el abanico deltaico del Vinalopó, conformando la llanura aluvial de Elche que se inicia a los pies de las últimas estribaciones de la sierra de Crevillente, siendo un espacio históricamente supeditado a las inundaciones, hasta tal punto que ha sido un área palustre hasta el siglo XVIII. En los confines han quedado un rosario de áreas encharcadas y humedales, que de Oeste a Este son: el Hondo (Fondó de Crevillent) de

Crevillente, vestigios de la Albufera de Elche, las Salinas de Santa Pola, el Carabassí, el Clot de Galvany y las salinas de Agua Amarga. Estas zonas lagunares y saladares costeros en la antigüedad constituirían en buena medida un amplio espacio lacustre que iría desde el cabo de Santa Pola, siguiendo la isohipsa de los 10 m s.n.m., hasta el mismo cauce del Segura, delimitado por la sierra del Molar (Jover et alii, 1997: 126-127). Esta unidad morfoestructural ha sido identificada con el *Sinus Illicitanus* de las fuentes clásicas (Box, 1987: 210). Son espacios biológicamente ricos, que fueron desecados en el siglo XVIII por obra del cardenal Belluga (las Pías Fundaciones) y el Marques de Elche (Basa Llarguera) (Gutiérrez, 1996c: 315) y a principios del siglo XX por iniciativas particulares y del Instituto Nacional de Colonización (saladeras de Albatera) (Bru, 1987), bajo los principios ilustrados que los calificaban como zonas de riesgo para la salud humana.

El extremo septentrional viene delimitado por las sierras de Abanilla, Albatera y Crevillente y coincide con la alineación de sierras que sirven de límite septentrional a la sociedad argárica. En las principales vías de comunicación que atraviesan este conjunto montañoso se ubican una serie de poblados, experimentando una notable concentración en el cauce del Vinalopó.

En el extremo occidental nos encontramos con el yacimiento del **Morterico** (Abanilla, Murica), ocupando una superficie aproximada de 1 Ha sobre la ladera meridional de un cerro próximo al municipio de Abanilla, que junto a la posible ocupación también del Lugar Alto, donde se encuentra el **Castillo de Abanilla**, controlarían la entrada al territorio



Enterramiento en cista de mampostería del Tabayá (Aspe, Alicante).
(Foto: Mauro S. Hernández).

Materiales cerámicos del Tabayá (tomado de M. S. Hernández, 1997: 102, fig. 1).

argárico siguiendo el cauce del río Chicamo hacia Redován, por el pasillo que se abre entre las sierras de Orihuela y Callosa de Segura.

Sobre la Rambla de la Algüeda se localizaría el **Cabezo de Hurchillo** (Albatera), con un tamaño de 0,2 Ha, sobre la cima y la ladera meridional de un cresta rocosa adelantada a las estribaciones meridionales de la sierra de Crevillente donde se puede advertir la presencia de algunas estructuras murarias en la parte alta del yacimiento debido a las catas abiertas por aficionados.

Siguiendo la orientación de este conjunto de sierras hacia el NE se localiza el **Pic de les Moreres** (Crevillente) (González Prats, 1983, 1986) en la margen izquierda del Barranc de la Rambla. Excavado en 1982 por A. González Prats, se divide en dos sectores que ocupan una superficie algo superior a las 0,2 Ha. En la parte alta de la ladera, el hábitat se organiza en cuatro terrazas, donde se han podido distinguir dos fases constructivas. A la fase más antigua corresponde únicamente una vivienda de planta ortogonal. En la fase más reciente el espacio se reorganiza y se distinguen tres viviendas de planta rectangular en la terraza inferior organizadas en torno a una estrecha calle de poco más de 1 m de anchura y otra vivienda en la terraza superior que aparece aparentemente desconectada respecto a las estructuras de la terraza inferior.

Sobre un pequeño promontorio que se proyecta a modo de espolón sobre la margen izquierda del **Barranco de los Arcos** (Elche), se ubica el yacimiento que recibe el mismo nombre. En él se distinguen varias estructuras murarias que parecen conformar anillados concéntricos en una superficie inferior a 0,1 Ha. Probablemente debía actuar como fortín o puesto de vigilancia sobre una de las principales vías de comunicación del campo de Elche con el río Vinalopó (Ramos Fernández, 1988).

En el cauce del Vinalopó la concentración de yacimientos es significativa, desde el **Tabayá**, al norte, que controla la entrada al pasillo que conecta el Vinalopó Medio con el campo de Elche a través de la sierra, a la serie de yacimientos que se localizan en la margen izquierda del río y que jalonan el tránsito a través de dicho pasillo: el conjunto de yacimientos de la **Serra del Búho** (Román, 1978; 1980) y **Caramoro I** (Ramos Fernández, 1988; González Prats y Ruiz, 1995), todos ellos en Elche.

El yacimiento del **Tabayá** (Aspe) (Hernández, 1990; 2009a; Hernández y López Mira, 1992; Hernández y López Padilla,



2010) se localiza sobre un espolón rocoso con tres crestas en las estribaciones occidentales de la sierra del mismo nombre que flanquean el cauce del Vinalopó en su margen derecha. Constituye el poblado argárico más importante de los establecidos a lo largo del curso del Vinalopó, y fue excavado por Mauro S. Hernández Pérez a finales de los años ochenta del pasado siglo. Aunque solo se han publicado resultados parciales de las excavaciones realizadas, la estratigrafía documentada en la terraza baja del yacimiento presenta una amplia secuencia temporal que abarca desde el Campaniforme hasta el Bronce Final. Para época argárica las viviendas, con una orientación Norte-Sur y planta de tendencia rectangular, se disponen sobre dos terrazas conformadas por muros perimetrales perpendiculares a la pendiente. Se documentaron un total de once enterramientos de varones adultos o jóvenes (De Miguel, 2001), mayoritariamente en cistas de mampostería o fosas. Tan sólo tres contenían ajuar, mereciendo destacar la tumba I donde el cadáver de un individuo se acompañaba de un ajuar compuesto por una alabarda, un pequeño vaso carenado y, junto al brazo derecho, el radio y la ulna de un ovicáprido adulto (Hernández, 1990: 88). La única datación válida procede del esqueleto de la tumba 3, estratigráficamente superpuesta a la tumba I, que fija con anterioridad a ca. 1900 cal. BC la realización de prácticas funerarias argárica en este yacimiento (Hernández y López Padilla, 2010).

El conjunto de yacimientos de la Serra del Búho (**Serra del Búho I, Puntal del Búho, Serra del Búho III, Serra del Búho IV**) (Román, 1978, 1980) se localizan sobre una serie de lomas que flanquean el curso bajo del río Vinalopó en su margen izquierda. Todos los asentamientos se caracterizan

por producirse en las partes más altas de las laderas meridionales de los cerros y el único que ha conservado sedimento arqueológico es el denominado “Puntal del Búho”, alcanzando casi las 0,1 Ha. De este yacimiento procede una sepultura sacada a la luz por aficionados realizada en una cista de mampostería, cuyo ajuar incluía al menos una olla de unos 20 cm de diámetro de boca con algunos mamelones sobre la superficie exterior; a la altura del borde (Ramos Folqués, 1989: 34).

Un poco más al sur, en un espolón situado en el inicio de la sierra de Borbano, sobre la margen izquierda del Vinalopó, se encuentra el yacimiento de **Caramoro I** (Ramos Fernández, 1988; González Prats y Ruiz, 1995). El yacimiento parece corresponder a una fortificación donde se pueden distinguir nueve espacios con funcionalidad diferente en una extensión inferior a 0,1 Ha. Un bastión y un grueso torreón de tendencia circular, donde aparecieron los restos del gozne de un portón de madera, constituían el ámbito de ingreso a la fortificación. Desde este primer espacio se accedía a una habitación que a juicio de sus excavadores debía funcionar como distribuidor, a modo de pequeño patio o porche cubierto, pues desde este se podía acceder al resto de unidades habitacionales registradas. En una de estas unidades habitacionales se registró una fosa que contenía el cráneo y varios huesos de un individuo infantil de un año y medio de edad que presentaba la señal de un impacto con una hoja metálica en el cráneo (Cloquell y Aguilar, 1996).

En el borde meridional de este territorio hay una nítida contraposición entre la continuación de las sierras prelitorales murcianas (Carrascoy, Cresta del Gallo, Miravete, Escalona, etc.) en las sierras de Hurchillo, Arneva, Escotera de Algorfa,

Cabezo del Mojón (Benejúzar, Alicante).

Cabezo Soler (Rojales, Alicante).

San Antón (Orihuela, Alicante).

hasta el extremo más oriental, en el Moncayo (sierra de Guardamar) y las depresiones tectónicas ocupadas por las dos cuencas endorreicas de mayor significación –lagunas de La Mata y Torrevieja– que enlazan con las depresiones costeras cerradas por restingas o pequeñas colinas recubiertas por dunas vivas o fósiles.

En este conjunto de sierras prelitorales se localizan varios yacimientos. En los cabezos situados en torno al actual Embalse de la Pedrera se sitúan los yacimientos de Arroyo Grande (Orihuela), Cabezo del Moro (Orihuela), Cuestas del Pelegrín (Orihuela) y Cabezo de la Mina (San Miguel de Salinas).

El yacimiento de **Arroyo Grande** (Orihuela) (Soriano, 1985) se ubica sobre un pequeño cerro de forma cónica situado al Noroeste del Embalse de la Pedrera y se encuentra profundamente afectado por la apertura de un camino que va desde la orilla hasta la cumbre del cabezo, sin que puedan documentarse restos en la actualidad. El **Cabezo del Moro** (Orihuela) se sitúa sobre un cerro alargado, dispuesto en sentido Este-Oeste, al Noreste del Embalse de la Pedrera, ocupando la cima, parte de la ladera meridional y buena parte de la vertiente septentrional del cerro, ofreciendo una extensión de menos de 0,1 Ha, delimitado en sus extremos por grandes bloques de piedra. Próximo a él se encuentra el yacimiento de **Cuestas del Pelegrín** (Orihuela) sobre un cerro de gran altura. Un muro perimetral delimita la cima amesetada por sus vertientes septentrional y oriental, conformando un espacio de unas 0,2 Ha aproximadamente. Sobre su vertiente septentrional, aparecen los basamentos de mampostería de algunas unidades habitacionales que parecen adosarse a este muro perimetral. Al Este de este conjunto y sobre una de las últimas elevaciones que demarcan por este extremo el embalse de la Pedrera se localiza el **Cabezo de La Mina** (San Miguel de Salinas), con una superficie inferior a 0,1 Ha y muy afectado por la construcción de una vivienda particular que ha alterado los niveles arqueológicos.

El siguiente conjunto de yacimientos se ubica en la sierra de Benejúzar. Al Oeste del conjunto conocido como “Cabezo de los Mozos”, junto al Barranco del Mojón, se localiza el yacimiento del **Cabezo del Rosario** (Benejúzar) (Soriano, 1985). El yacimiento debió ocupar la pequeña cima, donde aparecen los escasos restos cerámicos, pero no se detectan estructuras en superficie ni prácticamente sedimento

arqueológico, probablemente al haberse visto afectado por una pista de motocross. En el extremo septentrional del “Cabezo de los Mozos” y sobre el cabezo más adelantado se sitúa el **Cabezo del Mojón** (Benejúzar) con una extensión inferior a las 0,2 Ha, ocupando la cima y las laderas septentrional y occidental. Al Este de éste último yacimiento se localiza otro poco conocido pero que presenta las mismas características que los mencionados anteriormente, el **Cabezo de las Yeseras** (Benejúzar-Almoradí) (García Menárguez, com. pers.).

Finalmente, en las cercanías de la desembocadura del río Segura y en las proximidades del área lacustre mentada se sitúa otro conjunto de yacimientos. El **Cabezo del Muladar** (Rojales), desaparecido en la actualidad por la urbanización del solar donde se encontraba, ocupaba una pequeña plataforma en la cima de un cabezo donde se apreciaban algunas estructuras murarias. Tampoco se conservan restos del yacimiento de **Monte Calvario** (Rojales), que se localizaba a escasos metros del anterior; por las obras realizadas en el solar para la instalación de mirador y la creación de un viacrucis que serpentea toda la ladera hasta llegar a la parte más alta. Más hacia el Este se sitúa el **Cabezo Soler** (Rojales), con una importante ocupación tardorromana y altomedieval (Gutiérrez, 1996c) que hacen difícil precisar la magnitud de la ocupación prehistórica en este lugar, de más de 1 Ha de extensión.

Por fin, y aunque apartado y desconectado en lo territorial de este conjunto de yacimientos quedaría la **Illeta dels Banyets** (El Campello) (Figueras, 1950; Llobregat, 1986; Soler Díaz, 2006; 2009b). A pesar de las excavaciones realizadas en este yacimiento no se han registrado viviendas argáricas en el sector excavado (Soler Díaz y Belmonte Mas, 2006). Los datos parecen indicar que su extensión aproximada sería de 0,6 Ha, donde se han registrado un conjunto de rellenos, dos cisternas de especial importancia por sus características y cronología y un conjunto relevante de inhumaciones argáricas. Este yacimiento debió jugar un papel importante en la organización de la sociedad argárica ya que a su ubicación en un punto geoestratégico para la comunicación marítima de cabotaje (Simón, 1997), se añade también su posición en el extremo de un punto clave de acceso hacia el interior; hacia el Valle del Serpis, remontando el río Montnegre (López Padilla, 2009b).



Vasijas de cerámica (Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela) y sierra de hueso (Museo Arqueológico de Murcia) procedentes de San Antón

III. SAN ANTÓN DE ORIHUELA Y LA CULTURA ARGÁRICA EN EL BAJO SEGURA

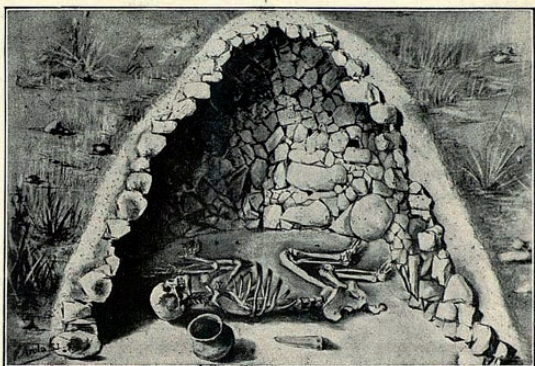
Sea cual sea el aspecto que se desee abordar, hablar del Argar en Alicante es referirse a San Antón. El yacimiento se encuentra al Noreste del casco urbano de Orihuela, en la sierra de La Muela, próximo a la barriada de San Antón, de la que tomó el nombre el yacimiento. Aunque es posible localizar restos dispersos por un área más amplia, el núcleo principal del asentamiento se ubica sobre la ladera septentrional de un promontorio con acusados escarpes por su vertiente meridional, que se yergue en el extremo oriental de la sierra, frente al ramblizo del Escorratel, y a aproximadamente 1,8 km del curso del río Segura.

Desde los trabajos desempeñados por Julio Furgús a comienzos del siglo pasado no han vuelto a realizarse investigaciones con fines científicos en el propio yacimiento, por lo que nuestro conocimiento del enclave argárico sigue supeditado básicamente a los datos y materiales obtenidos durante sus excavaciones. Lamentablemente, la información recopilada y publicada en su día por Furgús dista mucho de cumplir las exigencias del registro que hoy se consideraría necesario para caracterizar un asentamiento como San Antón. De hecho, a partir de sus escritos, y salvo vagas indicaciones poco esclarecedoras, ni siquiera es posible precisar en dónde excavó. En este sentido resultan interesantes unas anotaciones recogidas en uno de los cuadernos de campo

de González Simancas (2010: 356) en las que éste hacía indicación, siguiendo las referencias proporcionadas por algunos de los obreros que colaboraron con Furgús, de la localización aproximada de algunas de sus catas, situadas al pie de la vertiente meridional de la sierra de Orihuela, cerca del camino de Benferri.

Según parece, Furgús llegó a alcanzar durante sus excavaciones hasta tres y cuatro metros de profundidad en algunos puntos, vertiendo sobre las laderas del propio yacimiento las tierras que iba removiendo. Sus trabajos sacaron a la luz un conjunto de sepulturas que en un primer artículo estimó en 600 (Furgús, 1902), número que más tarde elevaría a 800 –sin que hiciera constar la realización de nuevos trabajos (Furgús, 1903)– y que finalmente fijó en aproximadamente un millar (Furgús, 1906), en una escalada que quizá perseguía equiparar el inventario de San Antón con el publicado por Luís Siret del propio yacimiento de El Argar. Pese a ello, afirmaba no haber encontrado en condiciones de estudio aceptables más que un par de esqueletos enteros y poco más de una docena de cráneos (Furgús, 1937: 43).

Furgús distinguió cinco tipos de contenedores funerarios: cromlechs, túmulos, fosas, urnas y tumbas de losas, que a finales de los años noventa fueron valorados bajo una visión crítica (Jover y López Padilla, 1997). Si las cistas de lajas, las fosas y las urnas resultan bien conocidas en el registro funerario argárico, no sucede lo mismo con los cromlech

FIGURA 3.^a TÚMULO

Tumba de tipo "túmulo" tal y como se reprodujeron en las publicaciones de J. Furgús (1902: lám. 3. fig. 3).

y túmulos, estructuras funerarias que en sentido estricto resultan claramente ajenas al mismo. Los primeros, que Furgús localizó en escaso número, podrían corresponder a enterramientos en covachas como los registrados en otras regiones argáricas, o quizá a sepulturas asociadas a restos de construcciones que el jesuita no supo identificar como tales. En cambio, los túmulos aparecieron en número bastante considerable. Es casi seguro que se tratase de cistas con paredes y cubiertas de mampostería que, hundidas y desplomadas sobre los esqueletos, Furgús sólo atinó a identificar y describir con un término poco apropiado –aunque muy al uso en la época– que en décadas posteriores no contribuyó más que a alimentar una confusión sólo resuelta en fechas relativamente recientes. Por otra parte, que se sepa, Furgús jamás enumeró ni estudió las sepulturas localizadas agrupando sus propios contextos cerrados, como hiciera Siret (1890), de modo que sólo de unas pocas de estas tumbas disponemos de suficiente información para relacionar con ellas algunos de los objetos de ajuar conservados.

Con respecto a San Antón, Furgús siempre sostuvo que se trataba exclusivamente de un cementerio, aunque es cierto que el tono de sus afirmaciones al respecto de la existencia de construcciones en el yacimiento varió un tanto entre la publicación de sus primeros trabajos en San Antón (Furgús, 1937: 16) y los de sus últimas excavaciones en las Laderas del Castillo (Furgús, 1937: 64). Paradójicamente, fueron sus esfuerzos por justificar esta ausencia de viviendas y de estructuras por encima del nivel de los enterramientos los que le empujaron a mencionar en sus publicaciones la presencia

de muros, lo que definitivamente confirma hoy lo errado de sus planteamientos. Él mismo describía estos restos de muros de aterrazamiento de mampostería trabada con barro, de aproximadamente 1 m de anchura, en San Antón (Furgús, 1937: 22) así como un tramo de muro similar, también transversal a la pendiente, en Laderas del Castillo, junto al cual se hallaron restos de barro con improntas de cañas o de ramaje (Furgús, 1937: 66). A pesar estos indicios, para Furgús tales estructuras no eran más que obras de acondicionamiento del espacio destinado a la necrópolis, y no plataformas relacionadas con la construcción de viviendas.

Como resultado, gran parte del amplio repertorio de materiales procedentes de San Antón, recogido y recopilado por Furgús, y que todavía hoy conforma el grueso del registro artefactual argárico alicantino, puede considerarse un paradigma de la descontextualización. Al menos la relación de objetos exhumados referida en sus publicaciones, si bien no puede considerarse exhaustiva, sí que ofrece una idea aproximada de las distintas actividades realizadas en los espacios y edificios que conformaban el asentamiento. Entre ellas destacan sin duda las labores de recolección y procesado del cereal, a tenor de los numerosísimos molinos que según Furgús aparecían por doquier en San Antón, algunos de ellos de grandes dimensiones (Furgús, 1937: 39) y también los más de dos centenares de dientes de hoz recogidos (Furgús, 1937: 36; Jover, 2009). Junto a éstos, la aparición de toda suerte de objetos vinculados a diversos procesos productivos –crisoles, punzones, escoplos, cinceles y agujas de hueso, útiles de asta de ciervo, pesas de telar de dos y



cuatro perforaciones, martillos, percutores, hachas y azuelas de piedra, morteros, etc.– ha de ponerse en relación con el desarrollo de las más diversas actividades artesanales, tales como la fundición de metales, la manufactura de tejidos, la curtidería y tratamiento de pieles, la alfarería y la cestería, entre otras (Furgús, 1937: 30; Jover y López Padilla, 2009; López Mira, 2009; Simón, 2009; López Padilla, 2009c).

Habida cuenta, por tanto, de estos datos y de la extensión superficial que debió ocupar originariamente el poblado, caben pocas dudas de que el yacimiento oriolano –junto con el vecino poblado de Laderas del Castillo, en Callosa de Segura– debió constituir el asentamiento nuclear alrededor del cual pivotó el modelo de articulación política del territorio del Bajo Segura a lo largo de la primera mitad del II milenio cal BC, un espacio del que, gracias a los últimos trabajos realizados, puede comenzar a esbozarse una representación cada vez más precisa.

El amplio conjunto de yacimientos localizados podría clasificarse en cuatro grupos de asentamientos en función de su tamaño (López Padilla, 2009b), algo que también parece advertirse en el área nuclear de la sociedad argárica (Arteaga, 2001; Ayala, 1991; Lull et alii, 2010a). Los yacimientos con una extensión en torno a 2 Ha serían los núcleos centrales –San Antón y Laderas del Castillo– y luego se establecerían otros tres grupos de asentamientos: los yacimientos entre 0,5 – 1 Ha, que se localizarían en los puntos de intercambio fronterizo y acceso a los principales recursos de la zona; los poblados entre 0,2 – 0,3 Ha, que repetirían el mismo



Conos de oro para el ornato de prendas de vestir y contera de marfil para el mango de un cuchillo de metal procedentes de San Antón. MARQ, Museo Arqueológico de Alicante y Museo Arqueológico de Murcia.

Cuchillos / puñales de metal de San Antón. Museu d'Arqueologia de Catalunya.



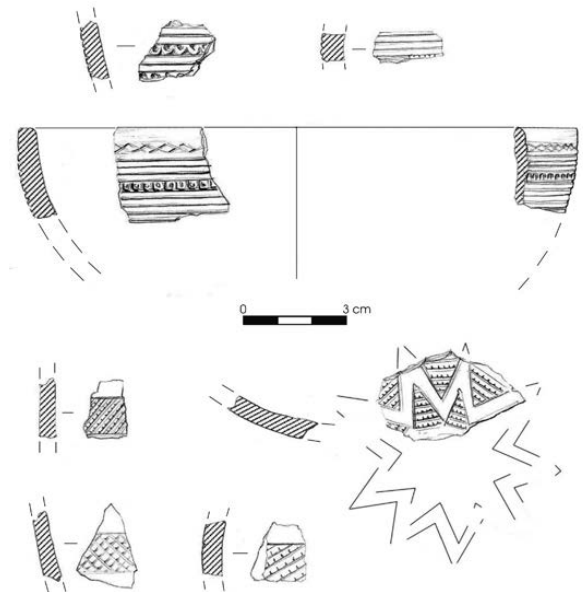
Espeñetas (Orihuela, Alicante). Vista de la zona meridional del yacimiento desde la cima. Al fondo, la sierra de Hurchillo y el cauce del río Segura.

Cerámicas con decoración campaniforme del yacimiento de Espeñetas, recogidas durante las prospecciones realizadas por el MARQ en 2005.

analizada en relación a los yacimientos de análoga posición en el territorio periférico. Tan sólo a partir de ca. 1500 cal BC parece que Cabezo Redondo, en el Alto Vinalopó, alcanzó los niveles de concentración demográfica de los principales centros argáricos precedentes (López Padilla, 2009b).

Una estimación a partir de un cálculo conservador de aproximadamente 1 persona por cada 25 m², nos daría como resultado que un núcleo como San Antón podría acoger alrededor de un millar de habitantes, mientras que los núcleos de rango medio, como Cabezo Pardo, no estarían habitados por poco más de un centenar. Sin embargo, estos niveles estarían muy por encima de los que acogerían los enclaves más pequeños, como el Barranco de los Arcos o Caramoro I, en donde apenas habría una veintena de habitantes.

En cualquier caso, está claro que en comparación con éstos San Antón resultaba un centro poblacional de primer orden, que durante mucho tiempo debió actuar como polo de atracción constante para los asentamientos de los alrededores, único medio de explicar el sostenimiento de una concentración poblacional importante en una época en la que cualquier aglomeración humana multiplicaba todo tipo de riesgos sanitarios, con la consiguiente merma en la esperanza media de vida de buena parte de sus habitantes



(Algaze, 2008: 44). Ello vendría en nuestra opinión a subrayar el papel de centro político ejercido de manera continuada por San Antón y Laderas del Castillo, y que en la zona periférica del Prebético Meridional valenciano sólo sería asumido, mucho tiempo más tarde, por Cabezo Redondo.

De este análisis preliminar de los yacimientos de la Vega Baja del Segura y Bajo Vinalopó podemos, pues, extraer una primera conclusión fundamental, cual es la existencia entre ca. 2000 y ca. 1500 cal BC, de un mayor grado de jerarquización en el ámbito argárico del Bajo Segura respecto al territorio periférico adyacente, manifestado en el superior tamaño de los asentamientos y un mayor grado de concentración demográfica en los principales enclaves. Sin embargo, este aspecto sólo puede explicarse en relación con el desarrollo de un proceso histórico que, involucrando a dos sociedades en contacto fronterizo, asignó un papel diferenciado a cada una de ellas en función de situaciones de partida distintas, y cuyo arranque hemos de buscar, como poco, en el último tercio del III milenio cal BC.

IV. ALGUNOS APUNTES SOBRE LA REPRESENTACIÓN DEL PROCESO HISTÓRICO. DE LA IMPLANTACIÓN A LA DISOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD ARGÁRICA EN EL SUR DE ALICANTE

98

A pesar de que no han faltado esfuerzos en el trabajo de investigación, son muy escasos los datos sobre el poblamiento de la Vega Baja del Segura anteriores al III milenio cal BC. Algunos autores han remarcado la posibilidad de que la potente sedimentación que se ha ido acumulando en la fértil Vega del Segura (García Atiénzar, 2007) puede ser la responsable de que tengamos hoy una imagen distorsionada que se compadezca poco con una auténtica ausencia de poblamiento previo en este territorio, al igual que sucede en la Vega Media del Segura, ya en tierras murcianas. En la actualidad no se conocen en la zona asentamientos que remonten al IV milenio cal BC con excepción de La Bernarda (Rojales) (Soler Díaz y López Padilla, 2001/2002).

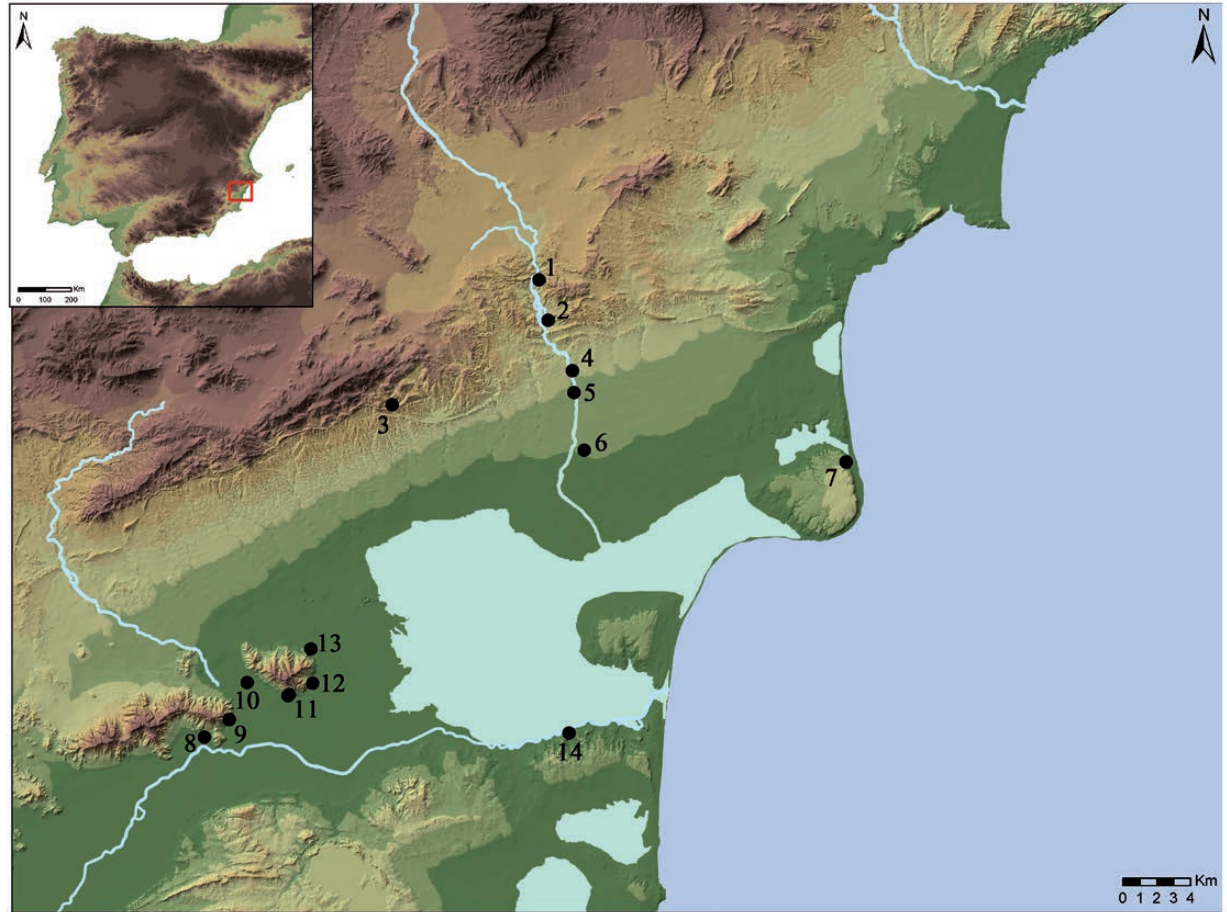
A partir de mediados del III milenio cal BC el panorama en la zona cambia sustancialmente, con un poblamiento aparentemente más localizado (Ruiz, 1990). En un momento antiguo, con campaniforme marítimo, constatamos la ocupación de Espeñetas (Soriano, 1985) –un yacimiento ubicado sobre un cerro poco elevado al sur de la sierra de Orihuela, que alcanza una extensión de poco más de 1 Ha– y también la conti-



Enterramiento infantil en urna de Cabezo Pardo (San Isidro / Granja de Rocamora, Alicante).

Mapa con la localización de los yacimientos campaniformes del Bajo Segura y Bajo Vinalopó (ca. 2500 cal BC).

- 1.- El Tabayá
- 2.- Castellar de la Morera
- 3.- Les Moreres
- 4.- El Promontori
- 5.- Figuera Redona
- 6.- La Alcudia
- 7.- Cova de les Aranyes del Carabassí
- 8.- Espeñetas
- 9.- San Antón
- 10.- Cabezo de Redován
- 11.- El Bancalico de los Moros – El Rincón
- 12.- Laderas del Castillo
- 13.- Castillo de Cox
- 14.- La Bernarda



99

nidad en la ocupación de La Bernarda (Rojales), a partir del hallazgo de un fragmento cerámico también con decoración impresa de estilo marítimo. Es posible que en un momento un poco más avanzado estuviera también ocupado ya el yacimiento de Les Moreres, en la sierra de Crevillente (González Prats y Ruiz, 1991/1992).

En cualquier caso, estos poblados parecen tener continuidad durante el campaniforme inciso, y junto a ellos asistimos a la fundación de nuevos emplazamientos localizados en el extremo suroccidental de la sierra de Callosa, como el Cabezo de Redován y el Bancalico-Rincón de los Moros (Ros Dueñas y Bernabeu, 1983). Con grandes reservas, se ha apuntado también la presencia de campaniforme en el cerro donde se ubica el Castillo de Cox (Torres, 1995), cuestión hoy prácticamente imposible de dilucidar, habida cuenta de la gran transformación que sufrió con posterioridad este

yacimiento. Al mismo tiempo, en otros puntos del Bajo Vinalopó se constata la presencia esporádica de campaniforme inciso en puntos como la Figuera Redona, El Promontori y La Alcudia (Ramos Folqués, 1989), sin mencionar otros, todavía inéditos, que en fecha reciente se han localizado en solares al sur del cinturón urbano de la ciudad de Elche.

En este punto se debe mencionar la presencia de fragmentos cerámicos con decoración campaniforme en algunos yacimientos argáricos. Es el caso del Tabayá (Hernández, 1983), San Antón (Castillo, 1928) y Laderas del Castillo (Ruiz, 1990: 71), yacimiento éste último en el que las recientes excavaciones que desde el pasado año venimos desempeñando permiten aventurar la presencia de una fase de ocupación campaniforme bajo los estratos del asentamiento argárico. No está claro si este mismo escenario sería extrapolable a los demás casos, como por ejemplo Pic de les Moreres

(González Prats, 1986). En este yacimiento fue hallado un fragmento durante las prospecciones realizadas por J.L. Román Lajarín, pero la inexistencia de una fase adscrita a este momento en las excavaciones que se realizaran en los años ochenta y la revisión que hemos efectuado de los materiales provenientes de este yacimientos depositados en el Museo de Crevillente nos hacen desestimar esta propuesta. Por otro lado, la secuencia del yacimiento del Tabayá no presenta en su base materiales cerámicos típicamente campaniformes, sino una suerte de motivos incisos claramente, eso sí, continuadores de las tradiciones decorativas campaniformes (Hernández, 2009a).

Por lo tanto, lo más prudente por ahora sería considerar que sólo los principales poblados de la zona, como San Antón o Laderas del Castillo, serían los únicos con una ocupación previa a su posterior desarrollo durante la Edad del Bronce. Aunque todo parece indicar que el modelo de organización social y económico que acabará conformando la sociedad argárica aparece ya estructurado con anterioridad al momento en que ésta empieza a ser reconocida en el registro a partir de los rasgos y parámetros establecidos por la arqueografía tradicional (López Padilla, 2006).

En conclusión, la información recopilada hasta ahora permite al menos plantear como hipótesis la existencia, ya desde el inicio de esta fase, de unos pocos enclaves que constituirían los núcleos más antiguos y principales, cuyos orígenes estarían directamente involucrados en el desmantelamiento de la red de núcleos anterior; como cabría deducir de su inmediata proximidad geográfica con respecto a éstos. En ese sentido, nos atreveríamos a sugerir que al menos el abandono de los yacimientos de adscripción campaniforme en la zona, como Espeñetas, Bancalico de Los Moros y Les Moreres, y la fundación de los enclaves argáricos de San Antón, Laderas del Castillo y Pic de les Moreres, se halla conectado de un modo más directo de lo que la mera presencia de fragmentos cerámicos con decoración campaniforme en estos tres asentamientos argáricos ha permitido apuntar; y que tal conexión tuvo sobre todo que ver con la propia constitución de la frontera septentrional argárica en la zona y el replanteamiento de la organización territorial del nuevo espacio (Jover y López Padilla, 1999).

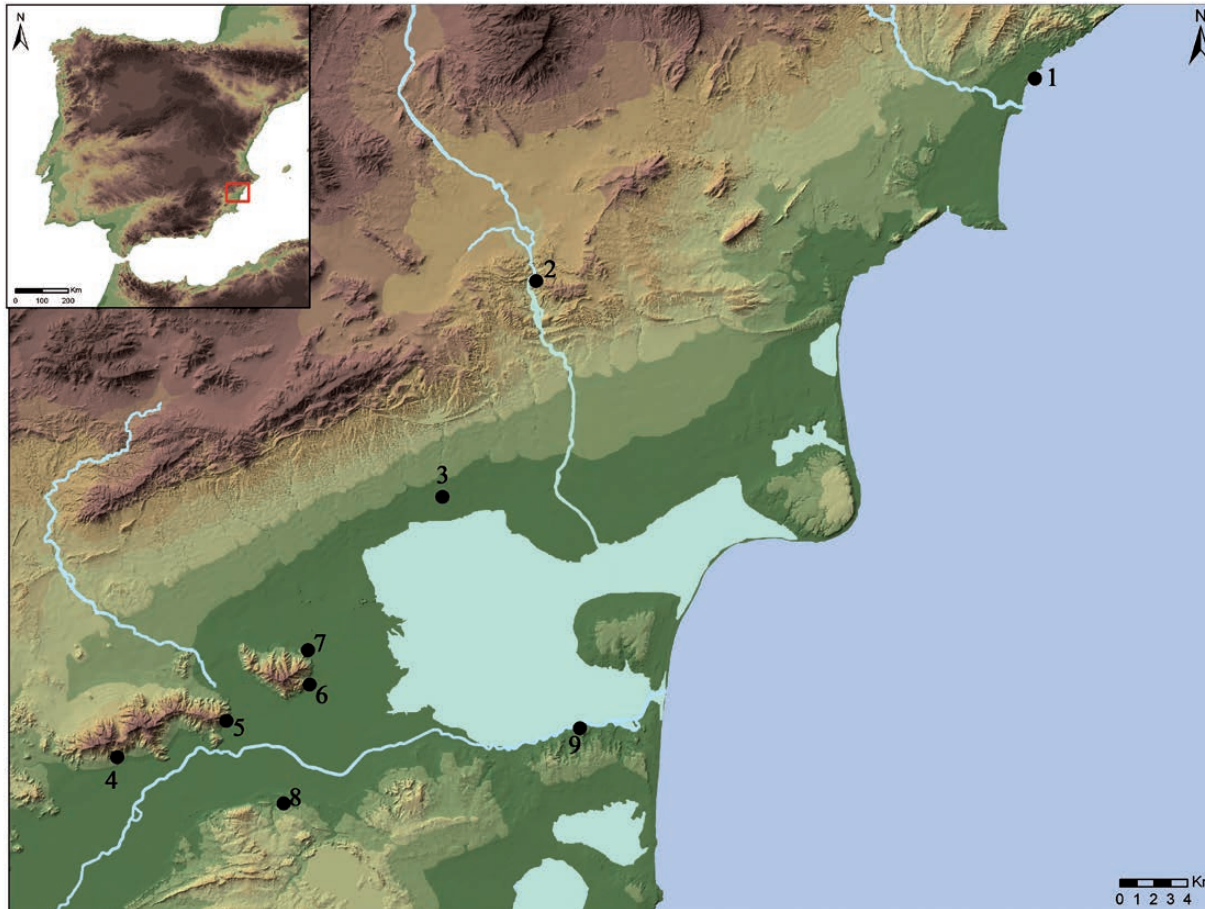
Observado desde esta perspectiva, cobra sentido el transvase poblacional que la clausura y nueva fundación de unos y otros pone de manifiesto, y que debió acontecer en un momento cronológico todavía impreciso pero que a nuestro juicio cabría fijar entre ca. 2300 y ca. 2200 cal BC. Y es que

la diferencia esencial que ofrecen los emplazamientos escogidos para unos y otros residió fundamentalmente en las posibilidades de interconexión y preeminencia visual que, a nuestro entender, permitían en uno y otro caso:

- encajonado en el Barranc de la Rambla, el poblado de Les Moreres se sitúa sobre un paso estratégico de primer orden, pero sin conexión visual alguna ni con la cuenca del Vinalopó ni, especialmente, con el Camp d'Elx y Vega Baja del Segura;
- a su vez, y a pesar de su notable altura, desde el emplazamiento del Bancalico de los Moros no es posible visualizar ningún espacio situado a oriente de la sierra de Callosa de Segura, y en especial el Bajo Vinalopó;
- y desde Espeñetas, que con diferencia constituyó uno de los asentamientos campaniformes más importantes de la zona, la visibilidad se estrecha de tal modo que la sierra de Orihuela, al norte, y el cerro de San Miguel, al este, sólo permiten una conexión visual directa hacia el sur y el oeste, es decir, remontando el cauce del Segura.

En cambio, con respecto a Les Moreres, y manteniendo una posición estratégica sobre el mismo Barranc de la Rambla, el enclave de Pic de les Moreres se sitúa sobre un punto elevado de la vertiente meridional de la sierra de Crevillente, desde el que se divisa perfectamente no sólo el Bajo Vinalopó, el Hondo de Elche y el tramo final del Segura, sino especialmente la sierra de Callosa, la sierra de Orihuela y un buen número de los emplazamientos argáricos diseminados por toda esta área. Y por su parte, los poblados de Laderas del Castillo y San Antón, pasan a ocupar las vertientes septentrionales de dos promontorios manifiestamente emplazados en los extremos orientales de las sierras de Callosa y Orihuela, respectivamente, variando por completo la perspectiva visual que ofrecían Bancalico de los Moros y Espeñetas. Podría decirse, al cabo, que los cambios de emplazamiento que unos y otros manifiestan en su previsible sucesión diacrónica, trajeron consigo un vuelco hacia oriente del interés de la red de interconexión visual del territorio. Si dicho vuelco coincidió, como creemos, con la definitiva inclusión del Bajo Vinalopó al ámbito argárico recién constituido en el Bajo Segura, por ahora sólo cabe suponerlo.

La ordenación territorial que se deduce del patrón de asentamiento observado —claramente jerarquizado en torno a San Antón y Laderas del Castillo, los dos yacimientos principales que articularían y vertebrarían el proceso productivo en toda esta zona— no debió corresponder a una sola fase.



Mapa con la localización de los yacimientos del Bronce Tardío (ca. 1500-1200 cal BC).

- 1.- Illeta dels Banyets
- 2.- El Tabayá
- 3.- El Bosch
- 4.- La Aparecida
- 5.- San Antón
- 6.- Laderas del Castillo
- 7.- Castillo de Cox
- 8.- Loma de Bigastro
- 9.- Cabezo de las Particiones

Si en algunos asentamientos se ha constatado la intensidad en la ocupación a partir de la acumulación estratigráfica, en otros poblados la notable escasez de restos y de sedimento podría indicar no sólo una mayor exposición a la erosión sino también una ocupación temporalmente más corta.

La mayoría de los asentamientos ocuparon cerros situados en las estribaciones de las sierras, separados de los llanos o vegas aunque con un amplio control visual sobre éstos. A pesar de que en las últimas décadas se ha registrado en otras áreas del territorio argárico un número decreciente de poblados de reducidas dimensiones ubicados en el llano (Ayala, 1991;Arteaga, 2001) y con orientación principalmente agropecuaria, este fenómeno no se aprecia en la Vega Baja del Segura, sin que ello pueda achacarse a la ausencia de prospecciones.

La abundancia de yacimientos documentados podría estar indicando que paralelamente a su inclusión en el territorio

argárico se produjo un incremento demográfico, hipótesis que debemos, en cualquier caso, manejar con cautela dadas las limitaciones del registro. En todo caso, lo que sí es posible afirmar es la existencia de una mayor nuclearización poblacional en esta zona con respecto a los territorios no argáricos colindantes –Prebético Meridional Valenciano y área oriental de La Mancha– donde los yacimientos apenas superan las 0,3 Ha (López Padilla, 2009b). En cambio, ofrecen tamaños similares a los registrados en las zonas nucleares argáricas, como en la Cuenca de Vera (Arteaga, 2001) o la Cuenca de Lébor y el campo de Lorca (Lull *et alii*, 2010a).

Todo indica que se trató de comunidades prácticamente autosuficientes en cuanto a la gran mayoría de sus necesidades básicas de mantenimiento y reproducción social, en donde las actividades productivas dominantes estaban relacionadas con la explotación agropecuaria del entorno. Con todo, se constata la circulación en el ámbito local de ciertas materias

primas de acceso restringido para una parte de los yacimientos, alejados de sus fuentes de suministro. Es el caso de los afloramientos masivos de ignitas y de rocas metamórficas, de las que una buena parte de los yacimientos de la zona debió aprovisionarse a través del intercambio con los asentamientos emplazados en el entorno de las mismas. Las rocas con las que se fabrican algunos molinos y cistas de lajas de San Antón debían provenir de la vecina sierra de Hurchillo, circunstancia ya señalada por Moreno Tovillas (1942) y Furgús (1937), aunque otros tipos de rocas, como la fibrolita, debían provenir de regiones mucho más apartadas, como Almería o La Meseta.

Sin embargo, ningún elemento muestra tan claramente la existencia de una circulación regional de materias primas como el metal, ya que la situación de los asentamientos respecto a las minas muestra que la gran mayoría no estaban cerca de ellas. Los análisis metalográficos realizados por J. L. Simón sobre algunos artefactos metálicos de San Antón y de Laderas del Castillo mostraron que la mayoría de ellos se elaboró en cobre arsenicado. Los valores de arsénico registrados, no obstante, nunca superan el 6%, situándose como media en valores en torno al 3%, por lo que parece que se trata de una aleación natural resultante de la composición de la mena de la cual se extrajo el mineral (Simón, 2009).

En este sentido hay que destacar la existencia, en el extremo suroccidental de la sierra de Orihuela, del yacimiento del Cabezo de la Mina o La Mina (El Siscar, Santomera, Murcia) (Ayala, 2003: 179, 197), emplazado sobre las únicas vetas de cobre y afloramientos auríferos de todo este amplio territorio. Es posible que en este poblado se llevara a cabo la primera reducción del mineral para después transportarlo a asentamientos nucleares, como San Antón, Laderas del Castillo o Cobatillas La Vieja (Santomera) (Lull, 1983: 385) que controlarían su distribución entre el resto de unidades de poblamiento, bien en estado bruto o ya procesado. Lo que parece claro con los datos disponibles es que el proceso metalúrgico completo no se llevaba a cabo en cada asentamiento y esta organización geográfica de la producción sugiere que la metalurgia se hallaba bajo control político.

Se ha señalado que la principal zona minera del territorio de El Argar probablemente estuvo ubicada en Sierra Morena, coincidiendo con el distrito minero de La Carolina-Linares (Contreras, 2000), y que la producción de metal y su dis-

tribución estaba organizada a gran escala por todo el territorio, trascendiendo los espacios políticos y económicos locales o comarcales (Lull et alii, 2010b), aunque la gran mayoría de los yacimientos debieron explotar diferentes fuentes de suministro (Nocete et alii, 2010). Por el momento, y aunque los resultados no son definitivos aún, las recientes investigaciones realizadas por Dirk Brandherm y su equipo en la sierra de Orihuela y los análisis efectuados a algunos artefactos metálicos de San Antón y Laderas del Castillo parecen apuntar a que al menos los objetos analizados no fueron tampoco elaborados con minerales procedentes de las vetas de cobre local¹.

También la distribución de la plata, marfil o la variscita durante la primera mitad del II milenio cal BC parece haber estado dominada por los asentamientos argáricos, y sometida al mismo tipo de restricciones político-sociales que los objetos metálicos (López Padilla, 2009b). Su adquisición se realizaría a través del intercambio, posiblemente mediante una comunicación marítima de cabotaje que habría que relacionar con la presencia de ciertos yacimientos en puntos costeros estratégicos como la Illeta dels Banyets o el Puntal de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia) (Ros Sala et alii, 2008). En este sentido, la ubicación de los poblados en un entorno próximo a la albufera creada en el *Sinus Illicitanus* y con una amplia visibilidad sobre ella parece indicar que nunca se rehuyó su ocupación y explotación (Simón, 1999). El elemento del registro que mejor apunta hacia la explotación de los recursos litorales es el número de conchas, de muy diversos tipos, recolectadas para su empleo como elementos de adorno, pero la falta de excavaciones en los yacimientos de esta zona impide valorar en su justa medida la importancia de la explotación de los recursos lacustres de la albufera, así como su utilización como vía comercial.

En lo que respecta al final de la secuencia, al menos en la Vega Baja del Segura los datos recopilados en las recientes excavaciones de Cabezo Pardo indican que no todos los enclaves argáricos de la zona perduraron más allá del horizonte de 1500 cal BC, como atestiguan en cambio las series radiocarbónicas de algunos yacimientos de las zonas vecinas de la Cuenca de Vera y del Almanzora (Lull et alii, 2013). Ello tal vez significó un transvase poblacional definitivo a los grandes centros como San Antón, en los que si bien en escaso número, sí se constatan restos materiales

¹ Véase el artículo de D. Brandherm et alii, en este mismo volumen.



Loma de Bigastro (Bigastro, Alicante). Al fondo, las sierras de Callosa y de Orihuela.

adscribibles al periodo comprendido entre 1500 y 1300 cal BC (Hernández, Jover y López Padilla, 2013).

A partir de este momento se inicia una etapa que desde mediados de los setenta se viene denominando “Bronce Tardío”, sobre cuya caracterización se mantiene abierto un vivo debate entre quienes la identifican como una fase final del Argar, en la que se produciría una última expansión hacia el área de Villena (Molina y Cámara, 2004) y quienes prefieren considerarla una fase postargárica que definen como Grupo Arqueológico Villena-Purullena (Castro *et alii*, 1999).

Todavía no contamos con suficientes bases como para proponer una hipótesis plenamente consistente acerca de lo sucedido en este territorio a partir de mediados del II milenio cal BC. Al menos, los trabajos realizados en Cabezo Pardo permiten afirmar que con posterioridad a 1500 cal BC el asentamiento ya no estuvo ocupado, y a juzgar por los datos recopilados en buena parte de los yacimientos prospectados, no sería aventurado suponer que algo parecido ocurrió con la gran mayoría del resto de los poblados de la zona. Los únicos yacimientos excavados en los que se ha podido constatar la continuidad en su ocupación en estos momentos avanzados –Tabayá y la Illeta dels Banyets– se encuentran en el extremo septentrional del territorio argárico alicantino. En otros yacimientos, como San Antón o Laderas del Castillo, tal continuidad apenas se puede intuir a partir de contados vestigios completamente faltos de contexto.

En cambio, otros yacimientos parecen ser de nueva fundación, como el Cabezo de las Particiones, cercano al yacimiento del Cabezo Soler –ambos en Rojales y próximos a la desembocadura del río Segura–, la Loma de Bigastro –situado sobre una loma alargada de mediana altura, en el conjunto de sierras prelitorales– y La Aparecida –en un emplazamiento ubicado sobre las estribaciones meridionales de la sierra de Orihuela y cercano al yacimiento del Cabezo de La Mina–. Sin embargo, ninguno de ellos parece disponer en estos momentos de la importancia y empuje económico del que parecen disfrutar otros asentamientos ubicados en zonas más septentrionales del territorio alicantino, en especial la comarca del Alto Vinalopó y muy particularmente el poblado de Cabezo Redondo, enclave que en muchos aspectos parece haber tomado el relevo a los antaño poderosos centros argáricos de la cuenca del Segura (Hernández, 2009b).

Con todo, este periodo de pujanza del que disfrutarán las poblaciones de la cubeta de Villena durante algunas centurias y que al parecer se prolongó hasta *ca.* 1300 cal BC, será seguido de una etapa de profundas transformaciones que culminarán con la aparición, varios siglos más tarde, de un nuevo escenario en el que la Vega Baja del Segura volverá a tomar un papel preponderante en lo político y económico, esta vez de la mano de los primeros colonizadores fenicios, en un momento en el que El Argar y sus tradiciones ni siquiera conformaban ya un vago y lejano recuerdo.